20.06.79

840

1

EL MOMENTO DE LA VERDAD.

Jordi Solé Tura

No deseo cargar las tintas ni producir alarmismos injustificados. Lo que la población de este país necesita es seguridad en su futuro inmediato y serenidad suficiente para poder abordar los graves problemas que tenemos encima. Pero la apelación a la seguridad y a la serenidad no debe hacernos olvidar que estamos en unos momentos serios y que todos debemos estar a la altura de nuestras responsabilidades.

En el momento de iniciarse el verano nuestro país aborda una de las fases más delicadas y decisivas de esta complicada marcha hacia la democracia. La crisis económica se agrava y ya se plantea la cuestión de una posible renegociación de los convenios, pues se ha sobrepasado el límite de aumento de los precios del 6'5% fijado en diciembre por el gobierno. A la vez, sigue aumentando el paro, los empresarios españoles apenas invierten y se agudiza la crisis de amplios sectores de la pequeña empresa. Es lógica, pues, que haya desazón e inquietud en amplios sectores de la clase obrera.

Pero el problema principal es otro con ser éste tan serio, [redacted]. El ser o no ser de nuestras posibilidades de avance democrático no se va a dilucidar de inmediato en relación con la crisis económica sino en relación con el tema de las autonomías. Esta es la cuestión decisiva del momento.

Yo sé que en torno a las autonomías existen muchas incomprensiones. A menudo se tiende a dejar la cuestión en un segundo plano, aduciendo que los que realmente interesa a la mayoría de la gente son los problemas de la intendencia. [redacted].

Pero hoy cometeríamos todos un grave error si no fuésemos capaces de hacer entender a la población, y muy especialmente a los trabajadores, que todo depende (y subrayo el todo) de cómo se resuelva o de cómo se deje de resolver el problema político de las autonomías, empezando por la del País Vasco y la de Cataluña.

El día 25 termina el plazo [redacted] para que los grupos parlamentarios y los diputados presenten sus enmiendas -- o "motivos de desacuerdo" -- a los proyectos de Estatuto de Autonomía del País Vasco y Cataluña.

A partir de esa fecha empezará a correr el plazo de dos meses fijado por la Constitución para la discusión de dichos proyectos por la Comisión Constitucional del Congreso de los Diputados y las delegaciones de los parlamentarios vascos y catalanes, respectivamente. Al cabo de estos dos meses habrá acuerdo o no lo habrá. Si hay acuerdo el texto se someterá a referéndum en el territorio correspondiente -- País Vasco y Cataluña -- y el proceso seguirá adelante. Si no hay acuerdo, el texto deberá tramitarse como ley ordinaria. Esto dice, por lo menos la Constitución. Pero todos sabemos que si no hay acuerdo nadie puede predecir lo que ocurrirá.

Según las normas reglamentarias, a partir del 25 de junio se formarán dos ponencias, una para discutir el proyecto de Estatuto del País Vasco y otra para discutir el de Cataluña. Durante las tres primeras semanas la ponencia que trabajará será la encargada de examinar el proyecto vasco. Al terminar estas tres semanas, los trabajos de la ponencia pasarán a la Comisión Constitucional en pleno, la cual trabajará juntamente con una delegación de los parlamentarios vascos. Esto debe durar cinco semanas. Al mismo tiempo se pondrá en marcha la ponencia del Estatuto de Cataluña, de modo que cuando la Comisión termine de examinar el proyecto vasco pueda coger en seguida el proyecto catalán, ya pasado por el tamiz fundamental de la ponencia.

En total esto representará unos dos meses y medio, es decir, lo que quede dejunio, todo julio, todo agosto y una parte de septiembre Son unos meses malos para tratar temas tan fundamentales, unos meses en que la población se dispersa y en que la atención pública se diluye. Pero serán, a la vez, unos meses decisivos para todos, unos meses en los que se pondrá en juego el ser o no ser de nuestro sistema democrático.

En el momento de comenzar a debatir el Estatuto vasco, entre las cuatro paredes del Congreso de los Diputados, la tensión es y y seguirá siendo, con toda probabilidad, muy alta en Euzkadi.

Todos los problemas, todos los conflictos, todos los enfrentamientos se polarizarán en torno a la cuestión clave del Estatuto. Herri Batasuna ya ha hecho saber con toda claridad que rechaza el proyecto de Estatuto. Es de prever, pues, una gran ofensiva de radicalismo político contra el mismo y ,a la vez, un aumento de la ofensiva terrorista de ETA.

Al mismo tiempo, la extrema derecha intentará intensificar al máximo la tensión con una gran campaña de intoxicación sobre el "peligro de ruptura de la unidad de España", y con una serie de actos que tiendan a crispar no sólo a amplios sectores de la población sino también y muy especialmente a las Fuerzas Armadas y a las Fuerzas de Seguridad.

Es posible, también, que al iniciarse la discusión de los Estatutos algunas fuerzas regionalistas intenten llevar el agua a su molino lanzando una campaña demagógica sobre los pretendidos "privilegios " de Euzkadi y Cataluña y planteando las cosas como si se tratase de un enfrentamiento entre pueblos explotadores y pueblos explotados y no como lo que son un realidad: como un conflicto de intereses sociales entre clases.

Todo eso sería superable si el país contase en este momento con un gobierno sólido y con una dirección política clara y coherente. Pero no es eso lo que tenemos. El gobierno y su partido -- la U.C.D.- abordan la discusión de los dos proyectos de Estatuto con gran nerviosismo y con una enorme ambigüedad. No se sabe muy bien lo que quieren y cómo lo quieren.

Hay, sin embargo, un hecho evidente. El Estatuto Vasco no se puede imponer contra la voluntad de las fuerzas decisivas de Euzkadi y muy especialmente del P.N.V. Cierto que esto tampoco significa dar carta blanca y someterse a todo lo que el P.N.V. desee. Hay que encontrar una mediación y esa mediación no la puede llevar a cabo únicamente el gobierno. Se requiere un acuerdo de todas las fuerzas políticas decisivas de Euzkadi y de toda España, un acuerdo que comprometa a la vez a las fuerzas sociales más importantes y que dé satisfacción por un lado a las aspiraciones autonómicas de la mayoría del pueblo vasco y, por otro, a los sectores y a las instituciones que temen que la autonomía se transforme en sinónimo de independencia Nada más ni nada menos. Esto es lo que se trata de obtener en estos meses decisivos, sabiendo que ésta es posiblemente la última oportunidad para conseguir una solución pacífica y constructiva. Si fracasamos en este empeño, si el acuerdo no se produce, se abrirá en Euzkadi una dinámica de enfrentamientos que muy pronto puede arrastrar a todo el país y comprometer gravemente las posibilidades de consolidación de nuestra frágil democracia.

Este es el problema más grave, sin duda. En comparación con él el problema del Estatuto de Cataluña parece (y subrayo lo de parece)

menos conflictivo, más fácil de superar. Pero eso sólo será verdad con una condición: que las esperanzas del pueblo catalán no resulten frustradas. Para ello [redacted] es indispensable que las fuerzas políticas catalanas sigan manteniendo una unidad sustancial y que se establezca una relación inmediata y clara entre estas fuerzas y la población, para que todos estén informados de lo que ocurre y puedan adoptar las actitudes colectivas necesaris para la defensa de las aspiraciones autonómicas.

Pero se requiere también que el gobierno y su partido sepan estar a la altura de las circunstancias y no [redacted] sacrifiquen, por un interés partidista estrecho o por una visión miope de los problemas del país, las posibilidades [redacted] de acuerdo que las fuerzas democráticas han dejado siempre abiertas. Si el gobierno y su partido frustran estas posibilidades, el futuro inmediato puede ser también imprevisible.

Entramos, pues, en [redacted] el momento de la verdad. Las pasiones pueden desatarse, y las tensiones pueden aumentar al tiempo que la población se disperse. [redacted] En una sala del Congreso de los Diputados unos cuantos parlamentarios [redacted] nos enfrentaremos con el problema clave de nuestra democracia, sabiendo que todo depende de lo que seamos capaces de conseguir o de nuestra incapacidad para conseguirlo. Pero lo malo sería que esta labor se hiciese en el silencio y en el aislamiento. A pesar de todos los pesares, a pesar de la época, las fuerzas políticas deben hacer un gran esfuerzo para que la mayoría de la población siga al minuto lo que esté ocurriendo y se mantenga dispuesta a intervenir para no dejarse arrebatar esa democracia que hemos conseguido, tan incompleta todavía pero tan preciosa y tan fundamental.

Mundo Diario 20. 6. 79